

Centralidad del trabajo en un mundo con alto desempleo

por Pablo A. Guerra

“Organizar ese esfuerzo productivo, programar su duración en el tiempo, procurar que corresponda de manera positiva a las necesidades que debe satisfacer, asumiendo los riesgos necesarios: todo esto es también una fuente de riqueza en la sociedad actual. Así se hace cada

vez más evidente y determinante el papel del trabajo humano, disciplinado y creativo, y el de las capacidades de iniciativa y de espíritu emprendedor, como parte esencial del mismo trabajo.”

El autor

Sociólogo y magister en Ciencias Sociales del Trabajo (PET-UAHC, Chile); docente e investigador universitario y del CEALS; profesor de Sociología del Trabajo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica.

S. S. Juan Pablo II, *Centesimus Annus*

En este artículo intentaré escapar a dos tentaciones bastante comunes en las ciencias sociales del Uruguay: repetir cifras sobre cifras (algo así como reiterar constantemente el diagnóstico del enfermo), y no brindar posibles soluciones o señalar caminos alternativos por los cuales marchar en la búsqueda de mejores horizontes.

Abordaré dos de los fenómenos más acuciantes del mundo moderno: el alto desempleo reinante y la calidad de los empleos. Intentaré hacerlo inscrito en la lógica de la Escuela de la Economía Solidaria, por lo cual de más está señalar las deudas que este artículo tiene con las notables, originales y sobre todo fermentales ideas de mi profesor en Chile, Don Luis Razeto Migliaro.

Desempleo: perspectivas inquietantes

Así titulaba uno de sus artículos la edición especial aniversario de la *Revista Trabajo* de la OIT, en junio de 1994. Es que, sin duda alguna, uno de los problemas más urgentes que debe enfrentar la humanidad entera a fines de este siglo es el del alto desempleo que reina en prácticamente todo el mundo. A manera de ejemplo, en los países de la OCDE (donde se concentra el 75% del comercio mundial) se registran los índices de desempleo más altos desde la Gran Depresión de los años treinta.

Este fenómeno, unido al del subempleo, afecta a 820 millones de personas (30% de la PEA mundial) en todo el planeta.

En Uruguay el desempleo está trepando al 11% de la PEA, lo que, además de ser una cifra alta, es preocupante por el hecho de que en los últimos años ha evidenciado causas de carácter estructural. En ese sentido preocupa constatar que el desempleo continúa estable, a pesar de un aumento visible del PBI en los últimos años. Ello nos obliga a pensar que el crecimiento de la economía no es suficiente para bajar las tasas de desempleo abierto de una sociedad.

El carácter estructural del desempleo asume rasgos definidos en el actual concierto internacional de avance tecnológico:

"El ritmo extremadamente acelerado de la automatización y robotización de la producción y los servicios, cuyo resultado es el despido de fuerzas laborales vivas no como consecuencia de la situación económica sino como resultado de los progresos tecnológicos, hacen que la mano de obra sea excesiva en la producción y en los servicios. Así pues, habrá un cambio en la estructura del proceso social de producción y de los servicios, con el desempleo resultante llamado estructural o tecnológico".¹

A fines de siglo, entonces, el fenómeno del desempleo no se explica sólo por un problema de crecimiento de las economías, sino también y fundamentalmente por el uso de determinados factores de producción que van en detrimento del empleo, o mejor dicho, del trabajo humano.

El rostro humano del trabajo

El trabajo es esencialmente humano. Tal afirmación marcaría el resurgir de esta actividad en el mundo contemporáneo. Antes una actividad propia de los "indignos", el trabajo era destinado a los esclavos y serviles. La civilización helénica marcaría un paradigma en tal sentido, a partir de las elaboraciones

provenientes fundamentalmente de la Grecia clásica, de la que Sócrates, Platón y Aristóteles fueron dignos exponentes.

Caracterizado como un medio para “expiar los pecados de los hombres”, para la tradición hebrea y cristiana el trabajo se constituía en tarea fatigosa y penosa.²

Sólo con el surgimiento de las ciencias sociales, y fundamentalmente de la economía, el trabajo sería levantado a un pedestal. Quizá quien primero contribuyó a ello haya sido Locke, para quien el trabajo era fuente de propiedad. Con Adam Smith éste pasaba a ser fuente de riqueza. Con Marx, finalmente, sería fuente de productividad a través de su concepto de plusvalía.

Este último, incluso, continuaría la tradición de Hume e insistiría en que el trabajo marcaba la diferencia entre lo humano y lo no humano, dando origen al concepto del *animal laborans*. Hannah Arendt, sin embargo, diría que en realidad estos autores confundían *trabajo* y *obra*. A ciencia cierta, lo que distinguía al hombre de los animales no era el trabajo propiamente dicho, sino la obra (“*el trabajo de nuestro cuerpo y la obra de nuestras manos*”, para Locke). En ese sentido, en vez del *animal laborans* estaríamos frente al *homo faber*.

La base de tal distinción, dice Arendt, no es sencilla de comprender, ya que es básicamente original a su propuesta. Sin embargo hay un testimonio fiel a ella: la base etimológica de dos términos usados de forma diferente por las culturas antiguas.

*“El griego distingue ponein y ergazesthai; el latín, laborare y facere o fabricare; el inglés, labor y work; el alemán, arbeiten y werken. En todos los casos, sólo los equivalentes de ‘trabajo’ significan sin equívoco pena y desgracia. El alemán Arbeit se aplicaba primeramente sólo a los trabajos de campo ejecutados por los siervos y no a la obra de los artesanos, llamada Werk. En francés, travailler, que ha reemplazado a labourer, viene de tripalium, una especie de instrumento de tortura...”*³

Para la autora alemana, el mundo contemporáneo privilegia el trabajo por sobre la obra. Potencia, diríamos nosotros, el trabajo penoso, caracterizado a partir de principios de siglo por la lógica taylor-fordista. La conclusión paradójica es que, al elevar el rango del trabajo y subsumir la obra a su lógica, el hombre estaría perdiendo esa capacidad innata de “obrar”, gozar de su trabajo, hacerlo de manera feliz y comunitaria.

El camino de la centralidad del trabajo

El camino de la centralidad del trabajo, que es el que propone S. S. Juan Pablo II en *Laborem Exercens* (centralidad de la obra, al decir de Arendt, potenciación del *homo faber*, acción de la inteligencia en el proceso de fabricación), pasa a ser un camino alternativo ante el avance de los dos problemas reseñados: el desempleo y el trabajo penoso.

"Como persona el hombre es, pues, sujeto del trabajo. Como persona él trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso del trabajo; éstas, independientemente de su contenido objetivo, han de servir todas ellas a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona que tiene en virtud de su misma humanidad".⁴

¿Qué significa centralidad del trabajo en la lógica de una economía solidaria? Significa refundar la teoría económica para ver y entender una realidad más compleja que la analizada por la economía convencional. Significa comprender el mercado como un "*mercado determinado*", donde no sólo funcionan las lógicas del intercambio que fundan el capitalismo, sino también otras de comensalidad, gratuidad y solidaridad. Significa que puede haber empresas fundadas y subsumidas a un recurso principal a veces distinto del "capital". En ese sentido es que surgen las empresas alternativas, sociales, comunitarias o solidarias.

En un mundo en que priman (léase bien: *priman*, pero no *hegemonizan*) las empresas organizadas en torno al *capital*, el trabajo es sólo un factor secundario y subsumido. Otros factores mandan en estas empresas: los medios de producción, la tecnología y las finanzas, para señalar los más comunes. No nos debe llamar la atención que tras esta lógica, lo que importe sea potenciar estos factores y no aquél. El reemplazo de trabajadores por máquinas es sólo una consecuencia visible de esta lógica.

"En el Japón, la compañía Yamazaki Mazak, el mayor fabricante mundial de maquinaria, ha puesto en servicio un sistema de fabricación flexible (SFF) que comprende 8 láseres cortadores, 9 prensas, 5 robots y un sistema automático de almacenamiento. Todo ello ha permitido triplicar la producción, reducir el plazo de ejecución de 20 a 7 días y conservar un efectivo de sólo 80 personas".⁵

Pero sucede que el trabajo humano no sólo se puede considerar un recurso o un factor de producción, sino también una categoría económica.⁶ Constituyéndose en categoría es que el trabajo pasa a ser un *factor organizador* de los otros factores.

Las empresas alternativas, en ese sentido, *"se distinguen ante todo por el hecho de estar organizadas y dirigidas a partir de categorías económicas distintas del capital, y especialmente por aquellas del Trabajo y la Comunidad, correspondientes a la universalización de los factores fuerza de trabajo y factor C"*.⁷

Estas empresas alternativas (alternativas justamente al concepto más tradicional e histórico de empresa, organizada fundamentalmente por el capital), como vimos se basan en el trabajo, es decir, vuelven a centrar el trabajo en la actividad económica.⁸

Ello no es fruto de un interés ideológico determinado, sino fundamentalmente de las necesidades imperiosas de muchos trabajadores que optaron por esta vía una vez cerradas las posibilidades de acceder a los puestos de trabajo cada vez más limitados de las empresas tradicionales, tanto públicas como privadas.

Como señala el Programa Cardijn con relación a las microempresas asociativas, éstas *"surgen como respuesta al problema de la desocupación o subocupación que padecen miles de trabajadores en nuestro país. Estos, viendo la ineficacia e incluso la imposibilidad de encontrar soluciones individuales al problema planteado, comienzan a volcarse a la búsqueda de salidas o alternativas colectivas que les permitan una fuente de trabajo y, por lo tanto, de ingreso para sus núcleos familiares"*.⁹

En todo América Latina estas experiencias surgieron en medio de la crisis económica de los años setenta. Pero ella no explica por sí sola la irrupción de estas empresas centradas en el trabajo. Jugaron un rol muy importante en ese sentido los factores culturales y políticos vividos desde entonces, o incluso desde mucho antes, como en el caso de las cooperativas.

Un informe de la Cudecoop, que da fuerza a lo sostenido, señala que el movimiento cooperativo se va conformando a través de tres vertientes no fáciles de diferenciar:

- 1) empresas con grandes dificultades financieras o en quiebra que son "adquiridas" por los trabajadores ante el riesgo de la desocupación laboral;
- 2) núcleos ideológicamente compenetrados con la idea cooperativa que tienen desde el inicio de su actividad productiva el objetivo de trabajar con una relación diferente de la predominante en el medio;
- 3) entidades impulsadas por ciertas formas de promoción (generalmente crediticias y/o de asistencia técnica) a través de entidades privadas u oficiales, nacionales o extranjeras.¹⁰

En todos los casos, las empresas alternativas (léase desde cooperativas hasta las iniciativas individuales, pasando por microempresas asociativas, empresas de base popular y familiar, etc.) marcan un despertar económico de

vastos sectores de la población que no logran insertarse con éxito en la lógica mercantil capitalista, marcando con fuerza una dualidad clara en los mercados de trabajo, distinguiendo aquellos sectores que pudieron adscribirse a la llamada "modernidad" de quienes no lo pudieron hacer.

Ese "despertar económico" de los pobres deja de lado la demanda reivindicativa característica de los sesenta y pone sus energías en la búsqueda y consolidación de determinados "medios de subsistencia" que con el tiempo pueden ir más allá, logrando un progresivo mejoramiento de la calidad de vida de los afectados.

Estas empresas alternativas, entonces, se fundan en una fuerza de trabajo que asume un rol protagónico, muy distinto del que predomina en empresas de otro corte. El trabajo se constituye en el factor principal, y desde ese punto de vista rompe con la primacía de la tecnología y el capital que son organizadores de la racionalidad empresarial típica. Por ello es que las empresas alternativas configuran un paso adelante en la lucha contra el desempleo.

En el diario acontecer solemos escuchar acerca de grandes inversionistas que vienen a nuestro país a abrir las puertas de una empresa de última generación. Se prometen (a veces) cifras millonarias en dólares en inversión. Acto seguido, descubrimos que el total de empleados no superará el centenar. La lógica de las empresas basadas en el capital y la tecnología de punta es, ni más ni menos, la de organizar la producción sobre la base de estas categorías. El trabajo, en ese sentido, adquiere un rol secundario, casi mínimo.

Por otro lado, solemos escuchar cómo se constituyen empresas alternativas donde trabajará un núcleo de personas con un capital original de diez mil o quince mil dólares aportados por una agencia de colaboración, o a veces con un capital muy inferior, lo que se da en la mayoría de los casos en el mundo popular. La lógica aquí es valorar el recurso disponible, y vaya si el trabajo lo es en un mundo con alto desempleo.¹¹

"La diferencia fundamental respecto a la empresa capitalista está en esto: que la cooperación actúa siempre en beneficio de categorías económicas (y sociales) distintas del capital, contrastando en tal sentido y medida los intereses de este último. He aquí el fundamento de sus potencialidades transformadoras, su carácter decididamente progresista, la dimensión social que las distingue: el ser actividades económicas que actúan en el mercado siempre en beneficio de grupos sociales cuyo puesto y función en la sociedad no está dada por la posesión de capitales, sino por la carencia de éste y que precisamente por este motivo se encuentran subordinados en una sociedad capitalista (definida así porque en su mercado predominan las empresas de capital). Carencia de capitales, pero disposición de otros factores y recursos económicos útiles: la empresa alternativa se funda en

la decisión de organizar tales factores y de hacerlos participar en el mercado de modo autónomo y no subordinado al capital".¹²

Ahora bien, el camino de la centralidad del trabajo, que es el camino de las empresas alternativas, no sólo juega un rol en la lucha contra el desempleo y en la búsqueda de medios para la subsistencia, sino que, rompiendo con el esquema piramidal de las necesidades que instaurara Maslow, las empresas alternativas se constituyen en lugares privilegiados donde es posible ligar la satisfacción de las llamadas "necesidades primarias" con las llamadas "necesidades secundarias", esto es, las de subsistencia con las de autorrealización.

En ese sentido, el "sector solidario de la economía" constituiría a nivel empresarial una nueva lógica del trabajo donde el "factor C" se eleva a un primer plano, constituyéndose en un factor de producción de gran importancia de la mano de los valores de comunidad, compromiso, cohesión y compañerismo.

El desarrollo alternativo

Como señala S. S. Juan Pablo II en su *Sollicitudo rei Socialis*: "*signos positivos del mundo contemporáneo son la creciente conciencia de solidaridad de los pobres entre sí, así como también sus iniciativas de apoyo mutuo y su afirmación pública en el escenario social no recurriendo a la violencia*".

Esos signos positivos, esa conciencia de solidaridad entre los pobres que condujo a la creación de innumerables organizaciones económicas populares basadas en valores distintos de los que predominan en el "mercado determinado actual", conducen a la solidificación de una nueva forma de hacer economía, es decir, una nueva forma de producir, distribuir y consumir.

Quizá por ello, en su visita a Chile y Argentina en 1987 el Papa llamó a "*construir en la región una economía de la solidaridad*", agregando: "*Creo que en esa economía solidaria ciframos todas nuestras mejores esperanzas para la región*".

El tema del empleo es vital en el camino hacia esa economía solidaria. Precisaba en tal ocasión:

"A las políticas de reducción del desempleo y de creación de nuevas fuentes de trabajo se ha de dar una prioridad indiscutible. Dicha prioridad, como se muestra en vuestros informes, podría decirse que tiene a su favor incluso razones puramente técnicas: entre la creación de trabajo y el desarrollo económico hay una relación recíproca, una causalidad mutua, una dinámica fundamental. Permitidme, sin embargo, que insista en la razón profundamente moral de esta prioridad del máximo empleo. Los subsidios de

vivienda, nutrición, salud, etc. otorgados al más indigente, le son del todo indispensables, pero él, podríamos decir, no es el actor. Ofrecerle trabajo, en cambio, es mover el resorte esencial de su actividad humana en virtud de la cual el trabajador se adueña de su destino, se integra en la sociedad entera, e incluso recibe aquellas otras ayudas no como limosna sino, en cierta forma, como el fruto vivo y personal del propio esfuerzo".¹³

Lo del título: ¿centralidad del trabajo en un mundo en desempleo? Parecería una paradoja, pero no lo es. En el camino hacia un desarrollo alternativo, la centralidad del trabajo se transforma en solución no solo viable, sino también progresista, para los marginados de la nueva modernización.

Resumen

Las empresas alternativas —sociales, comunitarias, solidarias— no se organizan, como las tradicionales, alrededor del capital y la tecnología, sino alrededor del trabajo humano, y en ellas se satisfacen tanto las necesidades de subsistencia como las de autorrealización. Este artículo postula que, aunque parece una contradicción, la centralidad del trabajo humano es un camino para la superación de dos grandes problemas planetarios: el desempleo y el trabajo penoso.

Notas

- ¹ Cfr. A. Schaff: "El futuro del trabajo y del socialismo", en *El socialismo del futuro* nº 6, Madrid, Fundación Sistema, 1992.
- ² La Iglesia Cristiana sin embargo, iría reformulando esta concepción primaria. En tal sentido, en la Edad Media, autores como Santo Tomás, San Agustín o incluso San Francisco, fundador de una orden trabajadora más que una orden mendicante, harían evolucionar el concepto de trabajo valorizándolo "en sí" y no sólo como medio.
- ³ Cfr. H. Arendt: *La condición del hombre moderno*, París, Calmann-Levy, 1961, cap. III.
- ⁴ Cfr. S. S. Juan Pablo II: *Laborem Exercens* (6.2). Al papa le interesa marcar la supremacía del trabajo subjetivo sobre el objetivo. Porque "el trabajo está en función del hombre y no el hombre en función del trabajo", es por lo que se debe "reconocer la preeminencia del significado subjetivo del trabajo sobre el significado objetivo" (6.6). Nótese además, que el hombre primero es persona, y "como persona el hombre es pues sujeto del trabajo". Ello distingue al humanismo cristiano del humanismo marxista, para el cual el hombre es un *homo faber* allí donde para el cristianismo es primero persona.
- ⁵ Cfr. *Revista Trabajo*, número especial aniversario, Ginebra, OIT, junio de 1994, p. 29.
- ⁶ Para Razeto es posible distinguir seis factores principales en una empresa (se rompe con ello la visión reduccionista de dos factores: capital y trabajo): la fuerza de trabajo, la tecnología, los medios de trabajo, el factor financiero, la administración y el factor C (integración, comunidad, cooperación y cohesión social). Un factor se transforma en categoría mediante los procesos de universalización y autonomización con respecto a los otros factores, pasando a subordinarlos a su lógica. Cfr. L. Razeto: *Empresas de trabajadores y economía de mercado*, Santiago de Chile,

PET, 1994.

⁷ Cfr. *ib.*, p. 47.

⁸ En este sentido, la centralidad del trabajo coincide con las premisas de *Laborem Exercens*, que se reiteran en numerosos textos magistrales de la Iglesia Católica. En el Vaticano II leemos: "el trabajo humano [...] es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, pues estos últimos no tienen otro papel que el de instrumentos" (*Gaudium et Spes*, 67.1).

⁹ Cfr. *Hicimos camino... seguimos andando... 1982-1992*, Montevideo, Programa Cardijn, 1993.

¹⁰ Cfr. "Empresas cooperativas", en diario *La República*, Montevideo, miércoles 14 de junio de 1995.

¹¹ Esto pondría en jaque la afirmación clásica de la economía acerca de la condición de los recursos como "escasos". En realidad, en América Latina el trabajo nunca fue un recurso escaso y hoy está dejando de serlo en todo el mundo, salvo en algunas regiones o países que están pasando por un punto alto en sus ciclos económicos.

¹² Cfr. Razeto: *o. cit.*, p. 51.

¹³ Discurso de S. S. Juan Pablo II en la sede de la CEPAL, Santiago de Chile, abril de 1987. Extraído de L. Razeto: *De la economía popular a la economía de solidaridad en un proyecto de desarrollo alternativo*, Santiago, PET, 1993.